

**DE BALDE**

**GRATIS**

NO SE VENDE  
A NADIE

NO SE ANUNCIA  
A NADIE

# BONIFACIO

HOMBRE DE SENTIDO COMÚN



Los bigardos, los gandules, los canallas, gozando de lo lindo, comiendo á dos carrillos: los hombres de bien, honrados á carta cabal, sin un bocado de pan, lampando de hambre.

**GRATIS**

**DE BALDE**

# LAS COSAS CLARAS

## AL PAN PAN, AL VINO VINO

### (1) Don Fulano

Tú y yo conocemos a don Fulano más que la madre que lo parió. ¡Valiente canalla está don Fulano!

Ayer tarde comía y se emborrachaba en el merendero, con don Zutano y don Perengano.

Don Fulano, si mal no me acuerdo, meció de un tiro a un gitano y despanzuró a una vieja con su automóvil. Estuvo en la cárcel un año y pico; pero como tiene caudal, dejó correr la moneda, unió la mano a jueces, magistrados, escribanos, porquerones y hoy se hombrera en la calle con las personas decentes.

Glotón, caprichoso, poco castizo, don Fulano, despillara y tira el dinero en lo que se le antoja, en lo que le dá bomba, en regalarle con nameritas y alcahuetas.

A la bailarina *La Chelito*, el día de su santo, mil duros, un mantón de Manila y una sortija; en un perro, diez mil reales.

¿A los pobres? ¿A él con esas? ¡Que los parda un rayo! Los pobres lejos, muy lejos... hieden a zorrino... apestan a cochambre.

### (4) Vida de los canallas

Enciende la sangre oír la vida que tienen estos bergantes.

De banquete en banquete, hasta reventarles el vino y la magra por las narices; de bardo en bardo, destrozando muebles, rompiendo a bastonazos los espejos, dando coces y cuchilladas a las cámaras; al mediodía al café; por la tarde a los toros, luego al teatro; hoy una querida, mañana otra y en la Inclusa media docena de hijos por lo menos.

Pedridos hasta los tuétanos de los huesos, hartos de todo, unían a la alcahueta chismosa, embaucadora de niñas y la azuzan como a perra astuta, en busca de otra caza... Y la alcahueta mete el hocico en todos los rincones, escarva, olfatea, se arracha, aulla, dá el zarpazo, trinca la pieza y vuelve, meneando el rabo, con un pichoncillo entre los dientes.

Estos pollinos, cargados de oro, que tienen agusanadas las entrañas, duermen a guisa suelta, tendidos a la bartola, mascando sus reguellos, dando resoplidos, roncando a lo bruto.

Clavar las uñas en la carne de una muchacha de quince años y violarla; saquear al pobre y robarle las pestafias y las cejas ¿eso qué?

El dinero lo allana todo ¿Conciencia?...

Los canallas tienen la conciencia en los talones.

### (7) Tú y yo

Para las cinco ya estamos en pie; a las seis trabajando; a las once, haciendo por la vida, metiéndonos entre pecho y espalda el almuerzo. Y ¡qué almuerzo! Ensalada de pimientos y tomates ó gachas. Lo que se puede, para ir tirando, que a buen hambre, no hay pan duro.

Almuerzas y con el bocado en la boca vuelva a trabajar hasta las cinco ó las seis que se remata. Tiznado, molido y hambriento te vas respahilando para la casa. Ni más café, ni más teatro, ni más paséo, ni más diversiones.

Llegas a la casa y a la mesa. ¿Qué comes? Arroz con bacalao ó potaje con habichuelas.

Los huevos, las gallinas, el buen pescado para quien pueda costearlos. No es esa comida de pobres.

¡Y luego como anda uno tan sobrado! Porque con ocho reales ¿para qué hay? Paga la casa, la luz, el pan, el jabón, merca alpargatas a los chiquillos, saca del Monte de Piedad dos llos de ropa por lo menos, ¿a ver qué queda?

Así estamos, entrapados hasta los ojos: al carbonero, al ricetero, a la verdulera, a la vecina ¿qué se yo! Un familiar ¿quién lo gobierna con ocho reales?

Entre tanto los zanguangos, los perdularios, hinchaudo el vientre y uno trabajando como un negro, echando el jámago por la boca ¿es esto justo? ¿es de razón? ¿dónde está la justicia?

### (2) Don Zutano

¿Y don Zutano? ¿Te acuerdas de don Zutano, aquel roñon, encorvado de piesos que no tenía donde cubrirse ni en el cielo? ¡Cuánta pena le tose ahora! Se fue a Cuba y alijo de allí algunos cuarteles. Compró un pul, por cuatro chavos, un cortijillo de zorrino.

El señor fue la panalla de sus rapacerías. De allí salieron liaguas y relucientes, todas las personas felices de a pelo que estuvieron corriendo años atrás!

Ha sido arrendatario de contribuciones y en menos de los años pagó una provincia y apencugó con exorbitantes mil duros. Fue además a calder y dejó abandonando las áreas municipales y arrastró hasta con las alfombras y estereras del ayuntamiento.

Don Zutano que años ha amarrado todo con celo, de fuera haber dalo con su pellejo en presidio, anda hecho un bigardo por esas calles, con el cuello muy estirado, vestido a lo archiduque, mirando a todo el mundo por sobre el hombro.

Y si un meliz, con hambre atrasada, quita una hogaza ó un racimo de uvas, lo cargan de grillos y lo ahorcan.

¡Así está el mundo!

### (5) Gente de barrio

El Berrinches, el Bochorno, el Trueno, el Patillas, la Pelucilla, la Zamopatorias, la Zancuda, Marta la del río lengua de vaca, Lucía la de José el santo, Anica la Pediguña, Juana la Mañosa.

Caras feas ó hermosas, arrugadas ó lisas, quemadas del sol, sucias del polvo, caras de pefiasco; pero francas, sinceras, caras por todas de hombres y mujeres de bien que pueden ir levantadas por todas partes sin que se calgan de vergüenza.

Espaldas duras, de piedra viva, que no crujen, ni se rajan con el peso de las espaldas de mineral, de los bultos de ropa, de los sillares de cantería; espaldas cubiertas con una blusa ó una camisa zurcida y llena de remiendos.

Manos grandes, anchas, callosas; para limpias, sin una mancha de sangre; manos hechas para el trabajo no para el robo ó el asesinato.

Uñas de pedernal, cortas, sucias, que hacen piernas atrás al pillanito y no gustan de andar acicaladas pero uñas que no arañan, ni rasgan, ni se clavan en la vida ó hacienda del prójimo. No es de ningún pobre de quien se dice: ¡anda ladrón, que bien me has clavado la uña!

### (8) En busca de la Justicia

Una mañana, al tomar la herramienta, se acercó el capataz a nosotros y nos dijo: aquí sobrais los dos... podéis retiraros.

Y nos zapeó dando bufidos como un toro. Luego, no había pasado media hora, recibió a dos paniguas dos suyes que partían con él la mitad del salario.

¿Qué hacemos?—Tú verás, me dijiste.

Vamos en busca de la justicia que dé un palizón a este pillastre.

Echamos a correr. Sudorosos, espeluzados, llegamos a una de las plazas de la ciudad.

En medio de la plaza habían levantado una estatua de bronce. Al pie, en letras como melones se leía: «El glorioso mártir de la libertad Francisco Ferrer Guardia».

Este Ferrer ¿no fué el que quemó vivos a los pobres en Barcelona?

El mismo. Un canalla de cuerpo entero. Tuvo escuela de asesinos y hubiera hecho astillas a la humanidad, si no lo fusian.

¡Y al gran criminal le levantaron una estatua!

¡Así anda todo!

¿Y la justicia?

¡Justicia, justicia, justiciaaaa!!!

¡Que si quieres! La justicia no parecía por ninguna parte.

### (3) Don Perengano

Don Perengano es biceo, chato, sordo y un hipócrita de siete capas. ¡Quien no lo conozca que lo compré!

Por de fuera parece una mosquita muerta, honradote, bueno; ni es capaz de meter una pulga, ni de ver que le cortan el pescuazo a un pavo; pero visto por dentro ¡qué nauseabundo! ¡Jirra de espaldas! ¡revuelve el estómago!

¡Tiene tripas para prestar el dinero al setenta, al ochenta, al noventa por ciento! ¡Gabelista! ¡Ladrón, que has dejado en manillas a los siete niños de Seijal! ¡Sierra Morena te echaría a puntapiés de sus ladroneras!

Todo el mundo lo adora; pero quien no tiene y lo aprenian, se agarra a un clavo ardiendo.

Ayer me lo dijeron: poniendo trampas, valiéndose de marrullerías y malas artes, se ha quedado con unos montes de esparto que eran comunales: ha puesto guardas y no permite a los pobres que arranquen una mata.

Las haciendas, las manzanas de casas, el automóvil, cuanto hoy tienes, la camioneta que lleva puesta ¿es suya? ¿sabe ese ganar el pan con el sudor de su frente? ¿no se ha puesto millonario a costa de los demás?

### (6) Hombres y mujeres de bien

Otra leche mamaron los hombres y mujeres de bien.

Que lo diga sino Anica la Pediguña. ¡Treinta años sirviendo a un amo, Ella de cocinera, de niñera, de cuerpo de casa; ella de bordar, dá coser, de zurcir, de planchar, de ana de llaves, de todo... Y con tan ó dinero como pasó por sus manos, nunca se quedó con un ochavo!.. No la parió su madre para ladróna. ¡Antes con cuatro velas! Ahora está ciega y pide limosna de puerta en puerta.

Que lo diga sino el Patillas que plantó en medio de la calle al novio de su hija por su vergüenza; por que quería casarse por lo civil como un perro.

Que cuente Juana la Mañosa lo que ella ha navegado toda su vida; pillando soladeras en esos montes, vendiendo cal por esas calles, fregando platos, lavando ropas. Todo por buscarse la vida honradamente y no ser como otras, como la Diabla por ejemplo, que por no trabajar se amancebó a pan y cuchillo, con un caballero.

La Mañosa es pobre, pero honrada; ella misma se casa su hija y no tiene para merecerse un mal guiñapo.

### (9) Discurso del leñador

A voz de pregonero íbamos llamando a la Justicia por esas calles, cuando a espaldas nuestras nos gritaron:

¡Eh, brutos! ¿dónde vais?

Era un hombre que venía con un haz de rafia acuestas.

En busca vamos de la Justicia.

¡Tened calma! ¡No seáis bárbaros! Oídme.

Los viejos dicen la verdad y yo voy a contaros en los setenta y cinco años.

Siempre he sido pobre y jamás desee ser rico. He visto muchas más infancias que vosotros y ahora al cabo de los años, miro las cosas como si tuviera ojos nuevos en la cara.

El mundo es una farsa, una comedia. Representan unos el papel de reyes, otros de pordioseros; pero en desnudándonos de la carne, todos somos parejos. La verdad está en la otra vida.

Allí nos veremos las caras que nos hemos brutos. Alma tenemos y Dios no se queda con nada de nadie.

Estos son cuatro días y vamos de vuelta. Ya se volverán las tórnas, que aquí no hemos de vivir siempre. Justicia tiene que haber a la fuerza.

Ya me lo dirán los ladrones, los canallas, los bigardos.

¡Tomá, por eso hay Dios, pedazos de bárbaros, por eso hay otra vida!



Yo soy Bonifacio en cien leguas á la redonda. Mi madre me parió en medio de la calle, cascando con las comadres. Tengo como todos tenemos, alma y cuerpo, con la diferencia que mi alma no es de cantaro ni mi cuerpo de algodón en rama. Algo más duro soy que los hombres que hoy se estilan Viejo y chocho, rondando como estoy la sepultura, todavía luchó á fuerzas con un toro; de un trompazo derribo una casa; si atrempujo y meto con bríos, tumbo patas arriba una muralla. ¡No son así las maderas de bogañol! Hablo á la pata llana, en castellano claro, como lo mamé de mi madre. Salgo los domingos á verme cara á cara con los canallas, á dejar en cueros á los ladrones, á cortar la lengua á los charlatanes, á moier las espaldas á los bergantes.



Decía mi madre, que mae Raimunda era una grandísima bribona. Vendía sauguijuelas y confeccionaba aguas para teñirse las canas y pomadas, jaboncillos y ungüentos para blanquearse la cara, ponerse lunares, estirarse los ojos y tiznarse las cejas. Echaba además las cartas, adivinaba las cosas ocultas, tenía gracia para curar la ictericia negra, y con patas de alacran, aceite de ratones, hojas de maro y sebo de culebras preparaba los famosos bebedizos para amar. Con estos embustes y patrañas engatusaba á las gentes, volvía locas á las novias, desplumaba vivos á los hobarronazos. Murió mae Raimunda de un dolor miserere, dando alaridos. Dejó cuatro baúles atestados de ropa blanca, un corral de gallinas, dos marranos y un talego de vara y media con muchas peluconas.

Famosísima carta que escribió Bonifacio, hará la friolera de veinte años, á un doctor en medicina, médico de la beneficencia. La saca ahora á luz para dar matraca á los médicos, consuelo á los pobres y alegría á los enfermos.

DOCTOR EN MEDICINA

Muy señor de otro, enemigo mío: Tras días con tres noches llevo sin probar bocado, escribiendo esta carta. La he sacado como Dios me ha dado á entender. Ahí la lleva; leala V. de cabo á rabo.

¿Creo V. medicastro, que por que estubo en una Universidad siete ó ocho años y luego vino con un título aparatoso y rumbástico, más ruido que nueces, nos hemos quedado todos patéticos, mudos, con el corazón en los pies? No sea V. badoque y tenga cacumen.

No, doctorcito, no me cuele á mí eso de «Pulano es hombre de carrera y tiene que saber». Por que entre cinco ó mil que estudian, cada uno hijo de su madre, hay de todo como en botica, bueno y malo, más ruido que bueno. Entre cincuenta apuesto con V. que no desvelan cinco menos de la mitad son medianías y los demás curas á la izquierda. Vádem el río como pueden: unas á nado, otros cargados de calabazas, la mayoría con calaveritas aferrados de billetes y cartas de recomendación. El caso es ganar la orilla como se pueda aunque después parezca medio mundo y el otro medio se ponga á pique de perder.

Yo no me quiero meter en las interioridades de su casa, ni de su persona, que nunca he sido oliscón, ni me gusta mirar por el ojo de la llave como hacen las alcahuetas. Lo de V. á la vista está, á flor de tierra como quien dice. V. no ha vuelto á ver los libros—si antes los vió que lo pongo en cuarentena, desde el día que lo figuraron doctor. Si miento hágamele V. bueno.

Pero no es esto lo peor. Reza V. como médico de la beneficencia, conviene á saber: de los pobres, de los que no tienen cuartos para pagar al galeno. Yo vivo ya treinta años en el barrio y puedo contar con los dedos las veces que he visto á V. por estos andurriales. Y no es dicho mío, ni que yo lo saque de mi cabeza ó levante á V. falso testimonio. Ahí están los vecinos: pregunta V. desde el más chico hasta el más grande, vaya con el pebete á Blas ó de la señá Anica que tiene á V. atargantador por que dice que hace dos meses que está empujando á V. con cartas para que venga á sajarle un grano y V. se hace el sordo ó le entra por un ojo y le sale por el otro.

Después de todo para que queremos ver á V. esa cara de turco, esos bigotes de ginto esas narices de perca? Mantengase V. jugando al billar ó al taro que no nos hace maldita la falta. Aquí Reza V. siempre tarde y con daño. Entra V. en las casas orejeando, busca ó no palta al paciente, le receta aguas turbias y sale V. con el hocico hinchado á la calle: esto cuando no dice V. que le saquen el enfermo á la puerta por que V. no se mete en pocilgas.

¡Bien que se mete de hoz y de coz casa de los ricos, y anda allí bailádoles el agua, ponédoles cara de pascua, haciéndoles garatusas y molindres, quitádoles las hilachas! ¡Bien que registra, tiente y seba V. al enfermo y se despepita por que no le falte ni leche de hornaigas!

Todo por su cuenta y razón: por las tres mil ó cuatro mil pesetejas; por los jamones que le mandan á V. en pascua; por el azafate de dulces y el pavo que le regalau el día de su santo. Las caras de vinagre, los desaires, los bufidos son para los pobres que como nada tienen, nada pueden dar.

Y vamos al grano.—¿V. es Dios? Pues siendo hombre de barro que de un cañazo se desmorona como cocera V. desde su casa sin conocer al enfermo ni siquiera de vista?

La villanía de recetar desde su casa sin ver al enfermo; el venir, cuando viene, de prisa y corriendo (no habrán sido parte para la muerte de muchos?

Frente á frente, sin rodeos (no mató V. á mi hija que está en gloria? Abrasándose estaba de calentura. Hame á V. y no vino; fui yo mismo á su casa y V. me dijo campechanamente: «eso es un resfriadillo, que suede y la purgas».—De mala armada vendría el resfriado cuando á las tres horas entregaba su alma á Dios. Al nieto de José Patillas que tenía lombrices, lo hizo V. un chicharón con tantos botones de fuego. La tia Frasquita murió ahogada en un mar de jarabes, cuando á la pobre la atravesaba un dolor de costado.—Dejó V. ciega á mi mujer á fuerza de colirios y á mi padre le cortaron la pierna por su cachaza de V., por no acudir á su debido tiempo.

Matasanos, ¿se ha hecho V. médico para dar garrote á los pobres? Ya las pagará V. todas juntas que hay un Dios y hay otra vida ¿ó piensa V. que se va á quedar aquí para simienta de niédcios? No sea V. mameluco: su día le llegará: cargarán los demonios con su alma y se la llevarán en volandas y el cuerpo quedará aquí, metido en un nicho ¡qué conilona van á tener los gusanos y sabandijas! por que ¡qué gordísimo y qué mochilón se va V. poniendo!

Más me queda por decir; pero bastante hay ya: si V. no procura mudar de vida; si no tiene V. más caridad y más crianza para tratar á los pobres, se levantará el barrio y yo á la cabeza, esperaremos á V. en la puerta del teatro, y cuando salga le sacudiremos el polvo, le quitaremos la ropa y en cueros vivos, como su madre lo echó al mundo, lo mandaremos á su casa de un puntapié que se lo dará yo.

Puede V. hacer lo que le convenga.

Su enemigo,

Bonifacio



El padre Juan, el abuelo de mi padre, tenía una escuela de cateo en el Barrio Alto. Allí ensañaba á leer, á escribir y á contar á los hijos de los pobres. Era teniente de una parroquia y sacaba almes tres duros mal contados, menos que un basurero. Tomaba el dinero con una mano y con la otra lo repartía (trata) repartía á un baldado para que pagase la casa más de cinco duros en al-pargatas, blusas y calzones para los chiquillos de la escuela. Mi tío Juan se trataba á la baqueta y ni camisa tenía. Vio la revolución y un criminal se acercó al pobre viejo en medio de la calle, y trincándole de la sotana, le quitó brutalmente los cu-ras tenéis la culpa de todo y ahora me la vas á pagar. Le dió un puñetazo en el pecho, le trío al suelo y con una faea le hizo trizas el corazón.



Mi abuelo, por parte de madre, era hombre á la antigua española: católico á macha martillo, trabajador, valiente. Pue rapabarbas, cohetero y peón de albañil. El año ocho, cuando la guerra de la Independencia, mató cuerpo á cuerpo á diez frauchutes y á puros palos dejó hechos pulpos á más de veinte. Mi abuelo perdía los estribos cuando hablaba de los gabachos: los llamaba mandrias, borrachos, cobardes, ladrones. Trinaba y echaba tacos cuando sacaba á relucir la infamia de aquel general francés, gran cobardón, hijo de mala madre, que mandó fusilar á Manuela Malasafia, mo-cita de quince años, de oficio bordadora, porque traía, colgadas de una cinta, unas tijeras. Mi abuelo era madrileño, del pueblo bajo, un chispero.





Los ladronazos del pueblo,  
los pillastrones que chupan la sangre del pobre,  
engordan á su costa y viven á todo tren con su dinero, son:

### EL DUEÑO DE "LA GARDUÑA"

ESTABLECIMIENTO DE COMESTIBLES

¡Qué barriga como un tonel! ¡qué morrillo de toro! ¡qué caraza como un pan de tres libras! ¡que asentaderas que parecen costales!

Compadre, en dos años escasos ¿como has ensanchado tanto las tripas? Cuando te mueras tendrán que llevarte en un carro de vacas y harán remuda.

Yo te conocí como un secajo, hecho un alambre, ¿te acuerdas?

Alriste un tenducho, frontero de mi casa—la tienda de los cojos como la llamaba mi madre—y de la noche á la mañana, en un abrir y cerrar de ojos, por arte de birlibirloque, el tendajo se ha transformado en almacén.

Tú eras un piojoso, pan hoy y hambre mañana: no te cayó la lotería, no has heredado á ningún pariente rico, no has topado con ningún tesoro ¿como te has hecho de tanto caudal? Te lo voy á decir: yo no me tapo la cara para decir verdades. El dinero que tienes no es tuyo: lo has robado á los pobres que compran en tu tienda.

¿Qué oficio, qué negocio, por mucho que produzca dá en menos de dos años para echar coche y comprar casas y cortijos? ¿Crees que nos hemos caído de un nido? Te equivocas. Todos lo sabemos.

En el aceite, en la harina, en los garbanzos, en la azúcar, en el arroz, en las habichuelas, en el café, en todo sisas lo que puedes. Una onza á uno, otra á otro, tres onzas á este, cuatro á aquel. En resumen: hoy un céntimo y mañana otro, al cabo del año hacen un montón de céntimos que tú te metes en el bolsillo.

¡Qué perras gordas de café! ¡qué libras de aceite! ¡qué cuatro onzas de azúcar! ¡qué medias libras de harina! ¡Qué robo en todo! A voz en grito lo dicen las gentes. Conque ya lo sabes: eres un ladronazo que has engordado á costa de los pobres.

Con razón le has puesto á tu almacén «La Garduña».

En esto, como en todo, hay personas decentes y honradas. Carmen la Verdulera era una mujer de bien á carta cabal. Tenía una tiendecilla de comestibles y ni daba gato por liebre, ni se quedaba con un céntimo de nadie. Las gentes la ponían en las estrellas:

Como no robaba, nunca salió de pobre.

Las cosas como son: al pan pan, al vino vino.

DE BALDE

### EL DUEÑO DE "LA SANGUIJUELA"

FÁBRICA DE PAN

Por no estar mano sobre mano, sin tener en qué pensar y comiendo de mogollón, me metí á panadero.

El dueño me hacía trabajar de día y de noche, sin guardar domingos ni fiestas. Cobraba siete reales de jornal y me costaba una guerra que me pagase diariamente, como es debido.

Por aquel entonces era yo un muchacho, sin mundo, sin experiencia de la vida. Ahora que los años me han abierto los ojos, bien echo de ver que el dueño de la fábrica era un hombre sin conciencia.

El que estruja al jornalero hasta echarle las primeras papillas por la boca y lo retribuye mal y de mala manera, es una sanguijuela que chupa y traga su sangre.

Mi amo no tenía caridad. Caí enfermo de un tabardillo y no vino á visitarme, ni me dió una limosna.

Ladrón de marca mayor era mi amo; por que no vendía el pan cabal, como Dios manda, antes al contrario, daba faltas las hogazas, las libretas, las roccas, las teleras y los bollos.

Amasaba además con las peores harinas y un ciento de veces al día me decían los parroquianos: Pero ¿qué demonios echa tu amo al pan que no se puede mascar sin que se despelleje la boca? ¿Amasa con cal ó con yeso?

Tres cominos le importaban á mi amo los dicharachos y cuchufletas de las gentes. El achocaba buenos pesos duros y se reía de todo á lo socarrón. Ladronazo, ¡bien me sopeteaste en tres años!

¿De qué mina arrancabas filones de plata para costear el lujazo de tu casa, el tren de tu familia, las carreras de tus hijos? ¿Te caían talegas de duros por la chimenea? Yo te lo diré.

A mí me robabas una parte del salario, al otro otra parte del suyo, á este cuatro onzas en la hogaza, á aquel media en el bollo, y naturalmente, hoy un poquito, mañana otro, al cabo del año hacen diez, veinte, treinta mil pesetas que tú te engullías tranquilamente.

En esto, como en todo, hay personas decentes y honradas. Juan el Tostón era un hombre de bien á carta cabal. Dueño de una fábrica de pan, pagaba con creces á los obreros, los trataba como á su misma persona y amasaba un pan riquísimo, de trigo puro, que parecía bizcocho.

Como no robaba, nunca salió de pobre.

Las cosas como son: al pan pan, al vino vino.

GRATIS